

LOS «YANQUIS AMARILLOS»

Para los japoneses lo esencial es «estar allí»

El Japón no ha esperado al alto al fuego para hacer acto de presencia en Vietnam. Si no ha participado en la guerra (aunque haya obtenido más de mil millones anuales de beneficios en concepto de servicios al Ejército americano), ahora trata de aprovecharse económicamente de la paz.

Desde el punto de vista japonés, las exportaciones destinadas a Vietnam han sido hasta ahora más bien exiguas: un 1 por 100 del total. Un factor limitaba la expansión japonesa en ese país: el temor a enajenarse definitivamente al Norte apoyando demasiado ostensiblemente al Sur. Desde el 25 de enero, el Keidanren, poderosa federación patronal japonesa, ha enviado diversas misiones de sondeo a Vietnam. Los proyectos de los japoneses son de varios órdenes: cooperación bilateral con el Norte y el Sur, inversiones directas y contratos a través de terceros: las firmas de Singapur, por ejemplo. Los dos Vietnam constituyen un mercado interesante para toda una se-

rie de productos japoneses de los que están ya saturados los países limítrofes, como Tailandia. Los comerciantes tailandeses, exasperados últimamente por la marea japonesa, se proponen "revenir" sus excedentes en Vietnam. Las firmas niponas han sabido aprovechar la oportunidad y matar dos pájaros de un tiro: haciendo el papel de intermediarios, los japoneses buscan compradores vietnamitas, acallan a los tailandeses y, de paso, se llevan una comisión.

Mas para el Japón, la ayuda a Vietnam constituye un modo de "liberarse" con beneficios de los veinte mil millones de dólares de su excedente comercial. El Gobierno de Tanaka multiplica sus gestos de buena voluntad, prometiendo, por ejemplo, una apertura de créditos por un total de dos mil millones de dólares, de los que la mitad se harían efectivos inmediatamente. Sólo que la buena voluntad nipona inspira cierto temor: puede muy bien adoptar formas devoradoras. Para anticiparse a las críticas de quienes

Los Contem pora neos

Francia defiende su idioma por decreto. Lo defiende del inglés. Es decir, del americano. El americano es el idioma de los neologismos, y los Estados Unidos tienen la fuerza suficiente

?QUIEN ESTA EN EL USO DE LA PALABRA?

como para imponer su lenguaje. Todos los atardeceres corren por las calles de las ciudades españolas muchachitos y muchachitas hacia las academias que antes se llamaban de idiomas y ahora se llaman de inglés. Hacen lo posible por introducir las estructuras de otro idioma junto a las del suyo propio que, desgraciadamente, ignoran. Entre las muchas singularidades españolas está el desconocimiento de su propia lengua. Si Francia defiende su idioma por decreto —en el «Boletín Oficial» ha aparecido la lista de las palabras prohibidas: «planning», «standing», «cameraman», «hit-parade»...—, España debería defenderlo también; pero si Francia defiende el francés de la agresión del inglés, España debería defenderlo del español. Es un problema mucho más grave. Una cosa es un idioma receptivo que toma sus neologismos de la lengua imperial de la época, como se ha hecho siempre, en todos los siglos, otra es un idioma que está enfermo por dentro.

Enfermo de afectación. Enfermo de énfasis, de circunloquios. El español se muere de miedo. Se muere de ser un lenguaje misterioso, secreto, reservado. Digo el español y no el castellano, porque sospecho que a los otros idiomas de la Península les pasa, más o menos, lo mismo: la unidad nacional es muy patente en este caso. No es un caso nuevo, ni singular. Murió el latín, murió el árabe clásico, murió el chino mandarín. Murió el griego clásico. Murieron cuando se hicieron reservados. Primero intentaron preservar una cultura secreta, unos conocimientos importantes para una clase privilegiada. Luego, intentaron ocultar que esa clase privilegiada dominante no tenía cultura ni conocimientos: el lenguaje se fue haciendo una cáscara vacía, y se deshecho.

mo triste y mezquino, que cubre las apariencias. Nosotros culpamos frecuentemente a los locutores de radio y televisión, a los doblajes, a la ola de regreso de los hispanoamericanos. Es un desplazamiento de la cuestión. La cuestión comienza realmente cuando el idioma comienza a despegarse de la realidad y a convertirse en la expresión de lo inexistente, mientras lo existente se queda sin palabras. Comienza cuando empieza a dislocarse porque no puede utilizar la palabra justa y utiliza la de al lado, y luego la de un poco más allá. Recuerdo una época en que no podía escribirse el nombre de Jacinto Benavente, y se escribía: «nuestro Premio Nobel» o «el glorioso patriarca de las letras escénicas españolas»; era la época en que no se podía utilizar la palabra «piernas», porque era obscena, y se decía, hasta en las crónicas de fútbol, «extremidades inferiores»... Fue entonces cuando comenzaron a florecer unos estilistas que no querían decir nada, pero querían decirlo bien. Mal momento para un idioma cuando florecen los estilistas. Sobre todo si terminan redactando el «Boletín Oficial».

Leo que la Academia Española lanza una gramática —o, como dice su título, un «Esbozo» de gramática— que trata de corregir algo. Temería mucho de la Academia —¿cuántos académicos de hoy son responsables de la distorsión del idioma?—, si no fuese por el comentario que uno de sus miembros, Lázaro Carreter, hace del «Esbozo», denunciando «la aflictiva capacidad expresiva a que va abocada la sociedad española». Dice que «la gramática es sólo una parte, y muy pequeña, del dispositivo didáctico que debe enseñar a hablar y escribir. Paradójicamente es a ella a la que se aplica con mayor fruición la "reforma"»...

¿Qué tendríamos que reformar para que el idioma renaciese, para que no nos quedásemos sin capacidad expresiva? Me faltan palabras...

POZUELO

